



TRAYECTORIAS POÉTICAS DE LA MEMORIA COLECTIVA CHILENA: ERCILLA EN NERUDA Y ZURITA

EVA VALERO JUAN
Universidad de Alicante



RESUMEN

En la historia de la literatura chilena las recuperaciones de la figura de Ercilla y de *La Araucana* se producen tanto en obras literarias como en ensayos de autores entre los que destacan Pablo Neruda y Raúl Zurita. El presente estudio tiene como objetivo el análisis de los textos de ambos poetas dedicados a Ercilla o *La Araucana*, en los que se encuentran la visión de esta obra paradigmática de la épica americana y la construcción de la figura de Ercilla como fundador del mito épico de Chile. Asimismo, surge en estos textos un eje temático de especial trascendencia, el que traza las trayectorias poéticas de la memoria colectiva chilena. Neruda y Zurita ubican su origen en el gran poema épico sobre la conquista de la Araucanía, al tiempo que los textos que le dedican y sus propias obras dan continuidad a dicho eje a través de la poetización y la reflexión sobre la historia de Chile que gravita alrededor de 1973. Este año, en el que murió Neruda e irrumpió Zurita en el panorama literario chileno, se configura por ello en fecha bisagra para el devenir poético de la memoria colectiva que se despliega en sus respectivas obras. El presente estudio se propone visibilizar cómo se construye este eje temático en los textos de ambos escritores partiendo de su poetización primigenia en *La Araucana*.

EN el texto titulado “Nosotros, los indios”, Neruda concluye con una idea integradora de las visiones sobre la figura de Ercilla que, desde el siglo XIX, proponen diversos autores principales, desde Bello (1841)¹ y Mistral (1932) a los escritores cuyos textos son el objetivo del presente estudio, el propio Neruda y Zurita: “Compañero Alonso de Ercilla: *La Araucana* no solo es un

¹ “La Araucana, por don Alonso de Ercilla y Zúñiga” se encuentra en las *Obras completas* de Bello (1981), donde se da noticia de la publicación original: “Fue publicado primeramente este artículo en *El Araucano*, de Santiago de Chile, en la entrega correspondiente al 5 de febrero de 1841, n° 545. Se reimprimió luego en los *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXI, Santiago de Chile, julio de 1862: 3–11”. *Obras Completas* 349–362.

poema: es un camino” (Neruda, “Nosotros” 252). Esta invocación directa de Neruda a Ercilla contiene la clave para comprender las motivaciones que determinan la apropiación chilena de *La Araucana* desde el siglo XIX, así como el reclamo de la figura de Ercilla y de su obra como fundadoras del mito épico de Chile. Si *La Araucana* es un “camino” para Neruda, lo es fundamentalmente porque desde su punto de vista Ercilla humanizó la historia de la conquista de la Araucanía:

Siqueiros representó la conquista en la figura del gran centauro. Ercilla mostró al centauro acribillado por las flechas de nuestra araucanía natal. El renacentismo invasor propuso un nuevo establecimiento, el de los héroes. Y tal categoría la concedió a los españoles y a los indios, a los suyos y a los nuestros. Pero su corazón estuvo con los indomables. (250–1)

Para la construcción de ese humanismo ercillano, figuras principales como los autores mencionados han escrito textos ensayísticos a los que Neruda añade la recuperación poética (como ya hiciera Rubén Darío en su conocido poema “Caupolicán”, publicado en el diario santiaguino *La Época* el 11 de noviembre de 1888) y la evocación a través de una prosa corta, mientras que Zurita aporta fragmentos de ensayos y referencias en poemas y entrevistas. Preciso es recordar también el discurso de Roberto Bolaño “¿Uno es de dónde escribe?”, en el que utiliza este poema artefacto de Nicanor Parra, “Los cuatro grandes poetas de Chile / son tres / Alonso de Ercilla y Rubén Darío”, para desarrollar su reflexión sobre el estrecho vínculo entre exilio y literatura. El núcleo de esta es la consideración de un español y de un nicaragüense como los dos grandes poetas chilenos, dos viajeros a través los cuales Bolaño expresa su antinacionalismo y su afincamiento en la patria de la literatura.

PABLO NERUDA: “ERCILLA SONORO”, DEL ARAUCANO MÍTICO AL “PONCHO INDIANO RAÍDO”

Son varios los textos en los que Neruda consagró a Ercilla, además de los poemas que en el *Canto general* (1951) están dedicados a la guerra de Arauco y a sus protagonistas; un conjunto con el que canonizó *La Araucana* como obra fundacional no solo de la literatura chilena sino de la nación. La voluntad histórica y la voluntad poética de inmortalizar las hazañas de la guerra de Arauco que movieron la pluma de Ercilla vuelven a congregarse en la intencionalidad de Neruda en el *Canto general*. Desde la tercera parte del mismo, el poeta se remonta al descubrimiento de Chile y dedica una sección a “los conquistadores”; entre ellos, y con especial relevancia, se distingue a Ercilla. Continúa la secuencia histórica de la conquista en el capítulo titulado “Los

libertadores”, entre los cuales héroes araucanos como Caupolicán y Lautaro pueblan versos en los que la omnipresencia de la naturaleza cobra un protagonismo fundamental. En estos poemas Neruda reitera la exaltación de sus valores, como hiciera Ercilla en *La Araucana*, y profundiza en la crueldad y rapacidad de una guerra en la que los españoles fueron los “verdugos”. Del bando español salva a Ercilla, que “no beberá la copa de sangre”, como reza el poema que a él le dedica y que así se titula, “Ercilla”:

Hombre, Ercilla sonoro, oigo el pulso del agua
de tu primer amanecer, un frenesí de pájaros
y un trueno en el follaje.

[. . .]

Sonoro, solo tú no beberás la copa
de sangre, sonoro, solo al rápido
fulgor de ti nacido
llegará la secreta boca del tiempo en vano
para decirte: en vano.

(*Obras completas* 471–2)

El encomio a este Ercilla “sonoro” que con su verso dio voz a la tragedia de la conquista se complementa con los poemas en los que Neruda recupera la hiperbólica heroicidad de los araucanos que español construyó por primera vez en la literatura, a pesar de la ambigüedad de esa representación en *La Araucana*, que fluctúa entre el araucano ejemplar y el bárbaro cruel. Iluminador sobre estos aspectos es el artículo de Fernando Moreno Turner, centrado precisamente en el poema “Ercilla” y en los textos en los que Neruda lo recupera y resemantiza:

Ercilla es “sonoro”, es el hombre que canta, no es cualquier soldado, es ante todo un poeta y, como tal, no puede sino atraer y dejarse invadir, atrapar y someter por los elementos del mundo natural. [. . .]. Esta nueva dimensión es la de la literatura, la de la poesía.

Esta consideración de Moreno se corresponde con la propia poética de Neruda y resulta fundamental para visualizar cómo el poeta construye la correspondencia entre su propio canto y el de Ercilla en *La Araucana* en aras de crear el mito de sí mismo: el del nuevo poeta sonoro de la historia de Chile, amplificada a toda América en el *Canto general* (1951).

En lo que respecta a la presencia del indígena en la literatura de Neruda, José Carlos Rovira señala que los indígenas de la poesía de Neruda o son los originarios habitantes de la América precolombina (los de poemas como “Alturas de Macchu Picchu” o “Los hombres”) o son los araucanos de la conquista (“Imágenes dibujadas” 80). Directamente relacionado con esta cuestión, en “Nosotros, los indios” Neruda expresa abiertamente la denuncia al proceso de degradación al que han sido sometidos los araucanos a lo largo de la historia:

Nuestros recién llegados gobernantes se propusieron decretar que *no somos un país de indios*. [...] *La Araucana* está bien, huele bien. Los araucanos están mal, huelen mal. Huelen a raza vencida. Y los usurpadores están ansiosos de olvidar o de olvidarse. En el hecho, la mayoría de los chilenos cumplimos con las disposiciones y decretos señoriales: como frenéticos arribistas nos avergonzamos de los araucanos. Contribuimos, los unos, a extirparlos y, los otros, a sepultarlos en el abandono y en el olvido. Entre todos hemos ido borrando *La Araucana*, apagando los diamantes del español Ercilla. (250)²

Esta denuncia explícita es la que encontramos en sus poemas, tanto a través de la perspectiva épica que Neruda confiere al indígena originario, como cuando poetiza una naturaleza araucana ya vacía de sus héroes en versos como los del poema “Los hombres”:

Mira el vacío de los guerreros.
 No hay nadie. Trina la diuca
 como el agua en la noche pura.
 Cruza el cóndor su vuelo negro.
 [...]

 No hay nadie, solo son los árboles.
 Solo son las piedras, Arauco. (*Obras completas* 432–3)

O cuando expresa directamente esa crítica al proceso histórico sufrido por los araucanos para devenir, definitivamente, en la aludida “raza vencida” en el poema titulado “Los indios”, de “La arena traicionada” del *Canto general*:

Allí fueron matando cada fibra
 de sus desérticos dominios,
 y el cazador de indios recibía
 sucios billetes por traer cabezas,
 de los dueños del aire, de los reyes
 de la nevada soledad antártica.
 (*Obras completas* 605)

² Sobre esta “borradura” de *La Araucana* hay que recordar la advertencia de Gilberto Triviños en su ensayo “La hermosa y decisiva conquista de la Araucanía” sobre la consideración del poema de Ercilla como epopeya fundadora de la “nación chilena”: “La Araucana no es realmente nuestro libro nacional. O sólo lo es cuando silenciamos, como ostentosamente sucede en la Crónica de la Araucanía” de Horacio Lara, publicada en 1889. Para Triviños esta crónica significa “una borradura antierecillesca de la violencia del origen de Chile como nación moderna; ya no es el canto (humanista) al pueblo mapuche sino a los héroes (militares y la sociedad chilena) de la Pacificación de la Araucanía. Por eso es que si de reconocer a corazón abierto se tratara: ‘El país surgido de la llamada pacificación debe al ‘talento y patriotismo’ de Lara mucho más que la memoria de las épocas gloriosas de la Araucanía’” (239–251).

Entre ambos poemas (“Los hombres” y “Los indios”), el escritor poetiza primero un paisaje en el que sus épicos guerreros ya no comparecen, para después denunciar explícitamente los abusos sufridos por los mapuches. Ante ello, el poeta ensalza en sus versos al constructor primigenio de la raza heroica, cuyo origen ubica en los versos de *La Araucana*. Roberto Castillo Sandoval escribe al respecto:

El gesto temprano de acudir a la imagen del araucano ficticio cobró fuerza en la historiografía y la literatura chilena hasta convertirse en el mito fundacional por excelencia, el lugar de la imaginación donde se gesta la fusión de los dos componentes vitales de la nacionalidad que recién emerge. Este proceso de canonización de *La Araucana* alcanza su punto culminante en la reelaboración poética llevada a cabo por Pablo Neruda en su *Canto general*, en el cual el legado político de Ercilla es vertido plenamente dentro de un discurso de reivindicación americanista. (233)

En esta línea reivindicativa, Neruda va dando pasos en su construcción de Ercilla, entre los cuales destaca el nombramiento que encontramos en el libro colectivo —encabezado por el nombre de Neruda— cuyo título nos sitúa ante la insólita belleza de la paradoja, en tanto que señala a un español como inventor de la nación chilena: *Don Alonso de Ercilla, inventor de Chile* (1971). Abre el libro un breve texto en prosa de Neruda titulado “El mensajero”, en cuyas líneas Ercilla aparece convertido en “el mensajero del Dante”:

A él le debemos nuestras constelaciones. Nuestras otras patrias americanas tuvieron descubridor y conquistador. Nosotros tuvimos en Ercilla, además, inventor y libertador. [. . .]

Ercilla no solo vio las estrellas, los montes y las aguas, sino que descubrió, separó, y nombró a los hombres. Al nombrarlos les dio existencia. El silencio de las razas había terminado. La tierra adquirió la palabra de los dioses.

El más humano de estos dioses se llamó Alonso de Ercilla. (12)

Reparemos en que para esta magnificación de Ercilla, Neruda añade una segunda designación con la que define con mayor precisión, si cabe, los contornos de su significación histórica: no solo es inventor sino también “libertador”. La palabra nos remite inmediatamente a la que sin duda es la más importante recuperación de *La Araucana* y de su autor en Chile: la edición de *La Araucana* de Toribio Medina, denominada la “edición del Centenario” publicada en cinco tomos en Santiago de Chile entre 1910 y 1918 para conmemorar los cien años de la Independencia. Ello suponía la definitiva apropiación de la figura de Ercilla como inaugurador del discurso literario y nacional de Chile. Casi medio siglo después Neruda daría el paso decisivo en esta configuración histórica de Ercilla al otorgarle el título más elevado que le podía conceder, el de “libertador”; un título profundamente simbólico de la asunción de su

figura como personaje principal, ya no solo de los orígenes en los tiempos de la conquista, sino del propio nacimiento del país independiente.³

Ahora bien, Neruda fue muy explícito en lo relativo a la proyección del Ercilla fundador:

El inventor de Chile, don Alonso de Ercilla, iluminó con magníficos diamantes no solo un territorio desconocido. Dio también la luz a los hechos y a los hombres de nuestra Araucanía. Los chilenos, como corresponde, nos hemos encargado de disminuir hasta apagar el fulgor diamantino de la Epopeya. La épica grandeza, que como una capa real dejó caer Ercilla sobre los hombres de Chile, fue ocultándose y menoscabándose. A nuestros fantásticos héroes les fuimos robando la mitológica vestidura hasta dejarles un poncho indiano raído, zurcido, salpicado por el barro de los malos caminos, empapado por el antártico aguacero. (250)

Aquí el vate dio la clave para interpretar la relectura de *La Araucana* no solo como un poema, sino como un “camino” y como crítica al proceso denigratorio sufrido por los mapuches expresado en el *Canto general*. Con todo ello estaba realizando una compleja operación: la de reivindicar la obra de un escritor español en el origen de la nación y denunciar el proceso histórico por el cual la historia nacional construida desde la Independencia progresivamente se apropió de los héroes ercillanos como mitos fundacionales, al mismo tiempo que se degradaba a los mapuches desde la oficialidad criolla triunfadora. Así pues, si la luz que dio Ercilla a la Araucanía fue oscureciéndose a lo largo de los siglos, y si el rostro que creó en la ficción poética para “el otro” fue sustituido por la imagen del “poncho indiano raído”, el fulgor del poeta español ha permanecido en Chile, con todas y cada una de sus contradicciones y a pesar de ellas. Buena muestra de ello es el proyecto “Relectura y reescritura de *La Araucana*: diálogos desde la diversidad”, un taller de revisión del poema que reúne las voces poéticas compiladas por Luz Ángela Martínez y Jaime Huenún, y cuyo resultado es, en palabras de Maribel Mora Curriao,

una visión irreverente, desacralizada, irónica, del texto. Se toman palabras, personajes, hechos, lugares, para darles nuevos sentidos desde el Chile actual, desde el mapuche actual, que se ve, se ha visto o no se ha visto representado en esta épica. Se actualiza el relato en un correlato conformado de diversas voces que hablan desde lugares distintos.

³ Si bien es preciso reparar en que Neruda no incluyó en su obra la literatura oral mapuche, como si lo haría Raúl Zurita, no solo en su decidido apoyo al resurgimiento de la literatura mapuche sino en el reconocimiento de una modificación de la propia obra poética desde que el poeta entrara en contacto con la cosmovisión mapuche a través de las obras de Leonel Lienlaf y Elicura Chihuailaf, a quienes conoció en 1988 en La Araucanía, en una estancia como escritor residente en la Universidad de La Frontera.

La compilación establece un diálogo basado en la problemática relectura de *La Araucana* desde la Independencia, generador de una diversidad de visiones que abundan, en muchos casos, en esa imagen nerudiana del “poncho indiano raído” y en la ambivalencia de la asunción del origen heroico del araucano y su desprecio en el devenir histórico de la República.⁴

Concluamos la visión de Neruda sintetizando la idea de actualización de la historia en dos dimensiones: la primera atañe a la reelaboración poética del canto a la guerra de Arauco que se encuentra en el *Canto general*; la segunda concierne a su trasfondo político, pues para el poeta la historia latinoamericana está atravesada por sucesivos dominadores: los conquistadores, los criollos tras la Independencia, las oligarquías y los dictadores en el siglo XX, y el imperia-lismo dominante a través del poder económico de las compañías extranjeras. Estas tienen nombre propio en los títulos de algunos poemas de “La arena traicionada”: “La Standard Oil Co.”, “La anaconda Cooper Mining Co.” y “La United Fruit Co.”. Con todo ello, el sentido actualizador del devenir históricose encuentra expresado fundamentalmente en dicha sección, que contiene asimismo poemas tan significativos como “Los indios” y “Los explotadores”, cuyo comienzo ahonda en la dirección trazada: “Así fue devorada, / negada, sometida, arañada, robada, joven América, tu vida” (*Obras completas* 587).

RAÚL ZURITA: ERCILLA Y “EL ITINERARIO DE LA CURA”

“En los países americanos de lengua castellana ejercer el lenguaje es volver a repetir constantemente las marcas que significaron la implantación de ese idioma entre nosotros” (Zurita 160). Tal es el inicio del fragmento del ensayo “Poesía y Nuevo Mundo” (2000). Desde la idea según la cual la escritura, entendida como “la literatura”, devuelve a sus lectores a la historia trágica de la conquista, el poeta chileno realiza una reflexión sobre la historia literaria latinoamericana en la que se encadenan toda una serie de obras cumbre, tales como *Comentarios reales* del Inca Garcilaso y la *Primera nueva crónica y buen gobierno* de Poma de Ayala, Vallejo, Arguedas, Rulfo, Fuentes, García Márquez, etc. Entre todos estos títulos y nombres emerge *La Araucana* como obra inaugural que Zurita ubica en los orígenes de “la pena”, rememorando al Vallejo de *España aparta de mí este cáliz* (1939): “¡Cómo vais a bajar las grad-das del alfabeto / hasta la lengua en que nació la pena!” (643).

⁴ Véase el proyecto “Memoria poética. Reescrituras de *La Araucana*” en www.reescritura-delaarucana.uchile.cl/?page_id=446.

La novedad de la lectura de Zurita radica en que el sentido actualizador de la historia que proyecta su ensayo se desarrolla sobre dos ejes principales, distintos de los comentados con respecto al *Canto general* de Neruda. El primero se cifra en la lengua en sí misma, en tanto que Zurita establece la relación entre los problemas de las sociedades latinoamericanas para edificar proyectos futuros y esa historia originaria traumática expresada en el idioma español en las obras sobre la conquista de América. Esta vertiente lingüística del ensayo tiene un momento principal en la reflexión sobre la ejecución de Tupac Amaru I en 1572, en la que Zurita recuerda su avance hacia el patíbulo al lado del fraile que debe traducirle las culpas por las cuales se le va a ejecutar en una lengua que no entiende. Es en este punto en el que Zurita da el segundo paso hacia la actualización de toda esta historia cuando añade, entre paréntesis, que “el capítulo es en sí mismo impresionante porque morir es siempre morir por razones expresadas en una lengua que no entendemos” (161), apuntando hacia las barbaries que atraviesan el siglo xx en nombre de lo “siempre” incomprensible; entre ellas, el golpe de estado en 1973, sufrido directamente por el poeta y que constituye el capítulo biográfico crucial que atravesará toda su obra. A lo largo del ensayo este sentido de ilación histórica sigue desarrollándose en un iluminador proceso intertextual: “La ejecución relatada por Garcilaso significará también, trescientos años más tarde, el sacrificio de los poemas de César Vallejo” (*Sobre el amor* 162).

La reflexión que conduce de Garcilaso a Vallejo, y de Guamán Poma a Arguedas le lleva a concluir categórico: “Ningún mundo fue reconciliado, ni para Guamán ni para Arguedas, y somos nosotros entonces los destinatarios de esa misiva” (162-3). Situados los lectores como receptores de ese mensaje, llegamos al objetivo principal, la visión de Zurita sobre *La Araucana*, de la que se deduce su lectura de la figura de Ercilla y que se inicia con dos ideas esenciales: la primera, el poema constituye “el origen de nuestra poesía”, ratificando así la misiva de Neruda que había canonizado Toribio Medina con su “edición del Centenario”; la segunda, el hecho de que “la empresa de rescate y sepultura” al enemigo encuentra “su referencia más explícita” en *La Araucana*: “Pero es en el origen de nuestra poesía donde esta empresa de rescate y sepultura encuentra su referencia más explícita. Son los Cantos XX y XXI de *La Araucana* de Alonso de Ercilla” (163). Zurita desarrolla ese famoso capítulo XX de *La Araucana*, en el que es el propio Ercilla quien socorre a una mujer indígena, Tegualda, y le entrega a su amado, Crepino, muerto en el campo de la batalla, con el fin de darle un entierro digno:

Ruégote pues, señor, si por ventura
 desventura, como fue la mía,
 con amor verdadero y con fe pura
 amaste tiernamente en algún día,
 me dejes dar a un cuerpo sepultura,
 que yace entre esta muerta compañía.
 [...]
 No quieras impedir obra tan pía,
 que aun en bárbara guerra se concede,
 (Ercilla 571)

Para comentar el capítulo, el poeta se remonta al desenlace de *La Iliada*, que está en el origen del tópico de dar sepultura al enemigo —Aquiles entrega el cadáver de Héctor a Príamo y la obra termina con las honras fúnebres al caído— con el fin de destacar: “La grandeza de este acto matricial (. . .) radica en que es el poeta mismo —Ercilla— el que permite realizar el acto del entierro” (Zurita 163):

Pero es en el origen de nuestra poesía donde esta empresa de rescate y sepultura encuentra su referencia más explícita. Son los Cantos XX y XXI de *La Araucana* de Alonso de Ercilla. Allí este cuenta que una noche en que se encontraba de guardia después de una batalla con los araucanos —estos habían sido derrotados y el campo estaba cubierto de cadáveres— vio deslizarse una sombra entre los muertos. En el momento en que iba a descargar su espada se da cuenta de que es una mujer; su nombre es Tegualda y se encuentra allí buscando los restos de su amado Crepino. Su primer impulso es matar, sin embargo escucha su historia y finalmente es él mismo quien le entrega el cuerpo para que ella pueda llevárselo y enterrarlo junto a los suyos. (163)

Es en este momento del ensayo cuando, sin referencias explícitas, Zurita concatena la historia de la conquista con la tragedia de Chile en 1973, es más, con la tragedia humana en su dimensión global y universal:

La grandeza de este acto matricial, arquetípico, ya presente en *La Iliada* y que cruzará el arco completo de las obras que se escribirán en nuestro continente, radica en que es el poeta mismo el que permite realizar el acto del entierro. De allí en adelante la misión del poeta no será otra que la de darles sepultura, en nombre de sociedades que no han querido o no han podido hacerlo, a toda esa fila interminable de cuerpos que caídos, victimizados, arrasados por y en la lengua que nosotros hablamos continúan deambulando en el eje de nuestro idioma sin encontrar siquiera la sanción de un entierro. (163)

Partiendo de esta universalización de la idea, Zurita vislumbra a Ercilla —junto a Guamán Poma y al Inca Garcilaso— como síntesis de “una enorme literatura augural” (164), identificada con “los cronistas y los primeros escritores nativos”, iniciadores de “nuestra pertenencia a este mundo” (164), y de algo que

resulta fundamental: lo que denomina “el itinerario de la cura” (164) de “la herida irredenta: la muerte sin exequias” (164), padecida en el proceso de la conquista y de nuevo vivida a partir de 1973: “Los desaparecidos” insepultos cuya memoria colectiva será central en toda la obra zuritiana, que desde este punto de vista se presenta como un nuevo “canto general” a la misma.⁵ La conclusión es rotunda:

Desde Garcilaso y Guamán Poma entonces hasta Vallejo y Arguedas, desde Ercilla hasta Neruda, desde los cronistas españoles e indígenas de la Nueva España hasta Fuentes, Rulfo o García Márquez, el recorrido de toda nuestra literatura ha mostrado las huellas de un idioma que en cada uno de sus hablantes busca su salida en la promesa de un mundo nuevo. (164)

Tras enlazar tres obras principales como *Trilce*, *Altazor* y *Alturas de Machu Picchu*, que en su opinión presentan las “señas de un futuro posible”, las últimas líneas del fragmento seleccionado enfocan la importancia que cobra la lectura de toda esa tradición anclada en la “herida” originaria: “Leerlos es hoy, antes que todo, curar la herida de una lengua, reunir de nuevo sus fisuras y volver a levantar, desde las fosas de las palabras, la promesa despojada del Nuevo Mundo” (164).

Pero *La Araucana* no solo es motivo de reflexión en este ensayo de Zurita, sino que es una referencia que aparece en otros momentos de su obra o de sus entrevistas, redondeando la apropiación de la obra como fundadora de la nación y de la historia de la literatura chilena: “Chile antes de ser un país fue un poema” (cit. en Pera), ha repetido el poeta en numerosas ocasiones.

Relevante resulta asimismo la siguiente alusión a *La Araucana* en su obra titulada *Zurita* (2011), en el poema “Su rota vida”:

Sí, solo quedaba eso y mi nombre. El nombre del
último habitante de la tierra y que por eso mismo
ha heredado todos los nombres: Shakespeare,
Ercilla, Cavalcanti, Abenarabi, Lucrecio, y el de
esos miles de escribas adolescentes que la
posteridad llamó Homero. Terminó todo, nadie
ha sobrevivido fuera de esta sombra que escribe
el destino repelente de ser el último hombre y
oír siempre la reanudación de los bombardeos,
siempre los nuevos desembarcos. (617)

Zurita se sitúa entre los grandes cantores que le han precedido en el relato del dolor, y el nombre Zurita, que da título a una de sus últimas obras principales

⁵ Ejemplos principales son *Canto a su amor desaparecido* (1985) y *Canto de los ríos que se aman* (*La Vida Nueva*, 1994).

(Zurita, 2011), contiene dicho relato y lo prosigue en la nueva tragedia: la de los “bombardeos” y “los nuevos desembarcos”. Preciso es añadir que en la obra de Zurita hay finalmente un sentido de canto a la vida, expresado fundamentalmente desde *La vida nueva* (1994), que el poeta explica en uno de los primeros textos del volumen *Zurita* titulado “Qué es el Paraíso”: “El cielo ha sido siempre el lugar que hemos ido llenando con las carencias de la vida. Como tantos, despojado, en el año 1975 inicié mi trabajo entendido como una práctica para el Paraíso, no para el cielo vacío” (Zurita 15). Más adelante añade: “Yo sé (y mis amigos también) que cuando podamos rediseñar nuestros trabajos y por ende romper con cualquier obligación al servilismo físico o mental, todos —muertos y vivos— podremos por fin revertir nuestras carencias y por ende corregir el cielo” (15). La naturaleza chilena —sus vastas cordilleras, los abismales acantilados, los mares infinitos, los cielos-espejo del mundo— será el motivo con el que el poeta construye ese sentido vivificador, humanizándola y proyectándola hacia ese cielo que pretende corregir.

Por último, la lectura que Zurita realiza de *La Araucana* establece una mirada distinta, en tanto que el elemento principal desarrollado en su ensayo, el honrar al fallecido derrotado dándole digna sepultura, rebasa, conteniéndola, la idea de recuperación de la figura de Ercilla en sus valores morales. Lo rebasa porque no solo hay un proceso intertextual con la obra épica, como el que se encuentra en los poemas de Neruda dedicados a Ercilla o a la guerra de Arauco, sino que esa intertextualidad afecta al núcleo temático mismo de la obra poética de Zurita: el drama de los caídos sin exequias tras el golpe del 73 como historia que reedita la herida. Un drama que Zurita además universaliza traspasando fronteras nacionales al poetizar esa historia del dolor humano en su dimensión global.

Cabe añadir una última reflexión de la mano de Juan Francisco Mesa, quien ha planteado que “el ensañamiento con el cadáver del caído, la negación de sus honras fúnebres [. . .] equivale a negar su incorporación a la memoria colectiva, habitualmente por medio de sus allegados; dicho de otro modo, se atenta contra la memoria del enemigo” (312-13). Además, Mesa aporta otra idea fundamental para visualizar el vínculo de la obra de Zurita con Ercilla: Zurita “no pretende la exaltación de la individualidad de los mejores —los héroes—, sino la recuperación de la memoria de las víctimas, posición que adopta el propio autor. Este segundo aspecto propicia un giro radical al concepto épico, puesto que no trata de ahondar en el valor y las gestas desarrolladas, sino en el sufrimiento que estas provocan” (313). Precisamente en *La Araucana* Ercilla sustituyó al héroe tradicional de la épica por un heroísmo colectivo, y con su obra enaltecó la memoria de las víctimas, profundizando en el sufrimiento provocado por los modos con que se llevó a

cabo la conquista. Siglos después Zurita tratará de continuar en su obra el “itinerario de la cura” al poetizar la memoria de los desaparecidos insepultos en ese nuevo capítulo de la historia de Chile que parte del golpe militar de 1973. Con ello, Zurita establece una diferencia sustancial con Neruda, pues en su caso no se trata de abundar en el pasado heroico sino en el sufrimiento colectivo provocado por la gesta épica, abriendo con ello una veta antiépica en su relectura actualizadora de los sentidos de *La Araucana*.

En suma, si Neruda recuperó una memoria colectiva en su *Canto general* al erigirse en un nuevo “cantor” o poeta “sonoro” llegado para “contar la historia”, y actualizó el drama histórico llevándolo hasta la segunda mitad del siglo xx, reparemos en que su sentido actualizador llega a través de la denuncia de los abusos del imperialismo hasta el año 1973 en que fallece. En ese preciso momento de la historia comienza el proceso que deriva en la nueva actualización de *La Araucana* presente en el texto de Zurita –y en general en su obra completa–, cuando este engarza el capítulo en el que Ercilla ayuda a dar digno entierro al caído con el drama de 1973 que repite el tópico de la muerte sin exequias; tópico que Zurita tratará de resarcir, en su caso, apelando a la memoria colectiva y convirtiéndola en protagonista de sus versos. Entonces, el canto a los desaparecidos cobrará un nuevo sentido en un mismo espacio, el de la nación chilena. La recuperación de la memoria colectiva atraviesa así, en todas estas voces, la historia de la literatura de Chile, jalando el camino abierto por Ercilla que, siglos después, transitarían poetas de largo aliento y magna obra: Pablo Neruda y Raúl Zurita.

OBRAS CITADAS

- Bello, Andrés. “La Araucana, por don Alonso de Ercilla y Zúñiga”. *Obras Completas*, IX, Fundación La Casa de Bello, 1981, pp. 349–62.
- Bolaño, Roberto. “¿Uno es de donde escribe?” *El Barrio Antiguo*, 26 sept. 2015, www.elbarrioantiguo.com/el-exilio-y-la-literatura/. Accedido 12 abr. 2019.
- Castillo Sandoval, Roberto. “¿Una misma cosa con la vuestra? Ercilla, Pedro de Oña y la apropiación post-colonial de la patria araucana.” *Revista Iberoamericana*, vol. LXI, no. 170–171, Enero-Junio 1995, pp. 231–47.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Editado por Isaías Lerner, Cátedra, 2002.
- Mesa Sanz, Juan Fco. “‘Mis restos son pasto de aves carroñeras’. Antigüedad clásica y recuperación de la memoria en Zurita”. *Raúl Zurita. Alegoría de la desolación y la esperanza*, editado por Carmen Alemany, Eva Valero y Víctor M. Sanchis, Visor, 2016, pp. 303–24.
- Mistral, Gabriela. “Música Araucana.” *La Nación*, 17 abr. 1932.
- Mora Curriao, Maribel. “Presentación. Relectura y reescritura de La Araucana: diálogos desde la diversidad.” *Memoria poética. Reescrituras de La Araucana*, compilado por Luz Ángela Martínez y Jaime Huenún, www.reescrituradelaarucana.uchile.cl/?page_id=446.

- Moreno Turner, Fernando. "Naturaleza, historia, texto: materiales de la poesía nerudiana (un ejemplo de *Canto general*).", *Nueva revista del Pacífico*, no. 49, 2004, studylib.es/doc/8738887/naturaleza—historia—texto.
- Neruda, Pablo. "Nosotros, los indios." *Para nacer he nacido*. 1977. Seix Barral, 2002.
- . *Obras completas*, I. Galaxia Gutemberg, 1999.
- , et al. *Don Alonso de Ercilla. Inventor de Chile*. Editorial Pomaire, 1971.
- Pera, Mario. "El canto más blanco. Una conversación con Raúl Zurita." *Vallejo & Co.*, 5 nov. 2013, www.vallejoandcompany.com/el-canto-mas-blanco-una-conversacion-con-raul-zurita/. Accedido 31 enero 2019.
- Rovira, José Carlos. "Imágenes dibujadas y desdibujadas del 'indigenismo' nerudiano." *América sin nombre*, no. 7, 2005, pp. 78–83.
- . "Zurita, obra en progreso." *Diálogos para el Bicentenario*, editado por M^a Nieves Alonso y Carmen Alemany, Cuadernos Atenea, Editorial U de Concepción, 2011, pp. 81–103.
- Triviño, Gilberto. "La hermosa y decisiva conquista de la Araucanía." *Félix Martínez Bonati. Homenaje*, editado por Mario Rodríguez y Pedro Lastra, Editorial de la U de Concepción, 2003, pp. 239–51.
- Vallejo, César. *Poesía completa*. Editado por Antonio Merino, Akal, 1998.
- Zurita, Raúl. "Poesía y Nuevo Mundo." *Sobre el amor, el sufrimiento y el nuevo milenio*. Editorial Andrés Bello, 2000.
- . *Zurita*. Delirio, 2012.